

# La "filosofía de la vida" de Jesús de Nazaret

---

**J. I. González Faus**  
**Sant Cugat del Vallés, Barcelona.**  
**Centro de Reflexión Teológica, San Salvador.**

El intento de este artículo es probablemente descabellado. Espero que se justifique porque es también un intento seductor: se trata de sacar de las parábolas evangélicas algo así como una sistematización del modo de pensar y de ver la vida, de la cosmovisión o "la filosofía" de Jesús de Nazaret. El empeño es tan utópico, que la mejor introducción será tratar de responder a las objeciones que lógicamente suscita.

*Primera objeción:* si a duras penas logramos establecer como "auténtica" una palabra, una frase, o una acción de Jesús ¿cómo vamos a presentar toda una síntesis vital con garantías de historicidad? La objeción es seria, pero se la puede suavizar un tanto: con frecuencia es más fácil trazar una pintura histórica de los rasgos *generales*, del proyecto o "la pretensión" de Jesús, que de cada uno de los trazos concretos que encarnaban ese proyecto vital. Pues bien, el objetivo de este artículo se acerca más al primer intento que al segundo: a través de algunos trazos inseguros o aproximados, quizá puede dibujarse con suficiente nitidez lo que parece ser una "filosofía global de la vida," característica del Jesús de Nazaret que presentan los evangelios.

*Segunda objeción:* las parábolas han sido muy reelaboradas al quedar escritas en los evangelios, porque la iglesia del Nuevo Testamento tuvo que ir leyéndolas en una situación diferente a la de la predicación de Jesús: la espera de un final inminente tenía que ser leída ahora como paciencia histórica; palabras con que Jesús criticó a las autoridades religiosas del judaísmo se aplicaban ahora a los responsables de la nascente Iglesia; la interpelación escatológica del reino había de convertirse ahora en lección parenética... Y la Iglesia primitiva, probablemente añadió conclusiones a las parábolas, empalmó algunas de ellas y retrabajó otras hasta convertirlas en alegorías... Todo esto es verdad. Pero no empaña el dato innegable y comúnmente aceptado de que en las parábolas es donde se ha conser-

vado más material jesuánico auténtico. Y, según los técnicos, algunas de sus pincladas (como el hecho de sembrar antes de arar, o el retraso del novio...) reproducen tan exactamente los colores de la vida palestina del siglo I, que uno cree casi factible el intento de acercarse a los ojos que miraban aquellos colores.

*Ultima Objeción:* la crítica está de acuerdo en que las parábolas son enseñanzas ocasionales, vinculadas a la circunstancia de algún momento concreto: a la conversión o a la polémica, por ejemplo. Pero no son capítulos de ningún tratado, que pudieran ordenarse sistemáticamente. Todo esto es mucha verdad. Sin embargo, *tal como están*, late en casi todas ellas una misma chispa, un mismo corazón, unas pocas intuiciones repetidas a través de las cuales quizás pueda uno sospechar que se acerca al brillo de los ojos de Jesús. En todo caso, y aun reconociendo todos estos y otros riesgos, el intento es demasiado seductor como para renunciar a él, y uno prefiere correr el riesgo y ver si no se justificará quizás por el resultado.

Vamos a intentarlo pues. Y sin más preámbulos digamos que las parábolas evangélicas, tomadas tal como están, y sin distinciones de fuentes ni de redacciones últimas, entran con relativa facilidad en una triple clasificación. Un grupo de parábolas habla simplemente *de la vida* y casi todas van introducidas por la clásica referencia al reino (que suele ser un giro preferentemente mateano): "el Reino de los cielos se parece a..." Otro grupo de parábolas trata de visibilizar la *bondad de Dios*, su incomprendible misericordia que desborda las capacidades humanas de comprensión. Finalmente, un tercer grupo (el más numeroso) se caracteriza por *contraponer dos comportamientos* humanos, de tal modo que aquel que, a primera vista, parecería más "sensato" o digno de aprobación, es el que acaba siendo desautorizado en la conclusión de la parábola. Tenemos así una filosofía de la vida, una ventana abierta hacia Dios, y una ética "subversiva" si se me permite la expresión. Vamos a ver estos tres capítulos, advirtiendo que es posible y normal que una misma parábola entre a la vez en varios de ellos.

## 1. La dureza y la esperanza de la vida

Aunque no de manera exclusiva, la visión de la vida de Jesús parece girar alrededor de la analogía del campo, de la tierra. Otras imágenes como las de la levadura, la perla o la red, no desfiguran esta analogía fundamental. Hoy existen lugares en la tierra donde, muy probablemente los hombres harían girar su filosofía de la vida mucho más en torno a la analogía de la empresa, que no a la del campo. Por supuesto, una trasposición cultural de ese género puede ser legítima y aun necesaria; pero no parece que éste sea un problema decisivo en América Latina, aun reconociendo la existencia de núcleos urbanos descomunales (como México o Buenos Aires), y reconociendo también la presión cultural que lleva a cabo el imperio primermundista. Por eso me limitaré a evocar que es legítima la suposición de que Jesús *hoy en día* no narraría las mismas parábolas de antaño, ni tal como las contó hace veinte siglos (lo cual nos remite al tema clásico de la lectura de la Biblia *en el Espíritu*). Pero añadiendo que quien intente una

trasposición cultural de este tipo no debería perder los rasgos de interpretación de la vida humana, que Jesús encontró en la experiencia del campo (lo cual nos lleva a la normatividad teológica del Jesús *de la historia*).

Y el primero de esos rasgos es el de un *realismo poco esperanzado*, de ojos muy abiertos y aspiraciones muy modestas. Según Jesús lo que cae en el campo, se pierde en sus tres cuartas partes. Pisoteado por la convivencia humana, ahogado por las espinas del deseo, o simplemente porque no ha encontrado una tierra bastante rica. Pero el hecho es que el sembrador ha de contar con que una gran parte de su siembra va a ser estéril. Jesús trabaja y actúa desde ese presupuesto.<sup>1</sup>

Por si esto fuera poco, incluso aquella labor que fructifica en tierra buena se encuentra inesperadamente combatida por una cizaña que pugna por crecer en el mismo terreno. Aunque la parábola de la cizaña habremos de comentarla en nuestro tercer capítulo, porque contrapone programáticamente la actitud propugnada por los discípulos y la defendida por Jesús, sin embargo, no cabe duda de que la alusión a la cizaña viene a poner otra nota de pesimismo en la visión jesuánica de la vida. El hombre debe saber que la mayoría de su trabajo "por el reino" es infecundo, y aun la parte que fructifica está seriamente amenazada.<sup>2</sup>

Ante esta constatación, la sabiduría humana aconsejaría desentenderse del trabajo por el mundo y "trabajar para sí" (expresión que volveremos a encontrar también en nuestro capítulo tercero). Y aquí es donde la filosofía de Jesús vuelve a desmarcarse de nuestra lógica: *a pesar de todo ese realismo, sigue siendo cierto que la vida y la realidad están trabajadas por una fuerza discreta e imparable*, que es semejante a la de la levadura cuando fermenta una masa, o a la fuerza de una semilla muy pequeña, pero capaz de crecer hasta convertirse en el más grande de los arbustos.<sup>3</sup> A pesar de sus acres pinceladas realistas, Jesús cuenta con que esa fuerza vital de la semilla actúa por sí sola, tanto si el sembrador duerme como si mira el campo. Tiene sus ritmos y sus horas que no pueden ser forzados (o sólo pueden serlo dentro de ciertos límites). Pero su fuerza es infalible y se convierte en la mejor aliada del agricultor.<sup>4</sup> Ello es lo que posibilita una mirada esperanzada a la vida, aun en medio de todo el realismo descrito: esa esperanza toma cuerpo en la imagen de un tesoro escondido en el campo de la vida. Ese tesoro tiene que ser descubierto porque no es visible, pero compensa con creces todos los esfuerzos invertidos en el inhóspito trabajo del campo. O con otra pincelada (que quizás estira un poco la parábola hasta lo alegórico, pero que está expresamente subrayada por los tres evangelistas): la escasa cuarta parte de la semilla que fructifica, produce un fruto inesperado: cualquier agricultor de la época se habría contentado con un ocho o un doce por ciento; Jesús en cambio anuncia un 30, un 60 o incluso un ciento por ciento.<sup>5</sup> Jesús parece tomar muy en serio que un gramo de amor verdadero tiene más peso ante Dios que todo un saco de maldad o de pecado: porque ese grano de amor es de condición divina, como la *teléiosis* (la bondad plena) del Padre de la que habla Mateo 5,48.

En resumen pues, *el primer capítulo de la filosofía vital de Jesús parece estar*

*en esa dialéctica tan difícil de absoluto realismo e inagotable esperanza, de unos ojos brutalmente abiertos que no logran empañar, sin embargo, la ilusión de la mirada.* Notemos simplemente que esa misma dialéctica está testificada fuera de las parábolas, en el conjunto del material evangélico: Jesús que "no se fiaba de los hombres porque sabía lo que hay en el hombre" (cf. Jn 2,25), y que llama a los hombres simplemente "malos (cf. Mt 7,11), es el que les propone como proyecto antropológico la bondad absoluta del Padre Celestial (Mt 5,48). Y notemos también que, para Jesús, el segundo elemento parece intrínsecamente vinculado al primero: las analogías de que echa mano son situaciones vitales bañadas por la idea del riesgo, de la paciencia, de la esperanza, en lugar de la planificación, la exactitud o el cálculo. Y quizás esto explica su preferencia por el recurso a la imagen del campo. Pues aunque es verdad que Jesús no vive en una época industrial, sin embargo debió conocer suficientemente las empresas constructoras de los palacios de Herodes, de Pilatos, o del mismo Templo, así como el montaje (impresionante para su época) de todo el comercio de aceites, o de animales para el Templo etc. Sin embargo, este tipo de situaciones nunca le suministró material para explicar lo que es una vida verdaderamente humana, dedicada al servicio de esa comunidad humana que Jesús llamaba "reino de Dios".<sup>6</sup>

## 2. La bondad de Dios

Lo que fundamenta para Jesús esta obstinada esperanza es la bondad del Padre, la misericordia incomprensible de Dios. Otro grupo de parábolas, como ya es sabido, tiene a Dios como tema. Pero Jesús no habla de Dios definiéndolo, porque es indescriptible, ni calificándolo porque a Dios no le cuadra ninguno de nuestros calificativos, ni aun de los más grandes. Jesús habla de Dios describiendo una conducta. Y lo que tienen en común todas estas parábolas (las de la oveja y la dracma perdidas, la del hijo pródigo, los trabajadores de la viña, la de los dos deudores, o la del juicio final de Mateo),<sup>7</sup> lo que tienen en común todas ellas es que describen unas conductas que no parecen *humanamente viables*. Dejar las 99 ovejas, darle al hijo menor la parte de su herencia, pagar lo mismo a todos los obreros independientemente de las horas trabajadas, o perdonar por las buenas una deuda de millones..., todo eso no parecen conductas demasiado practicables para nosotros. Pero Jesús no pretende dar, en este momento, ninguna lección de pedagogía familiar o de deontología laboral, sino sólo que la sensación de "inviable" que provocan esas conductas descritas, nos acerque a la incomprensible *gratuidad* de Dios que se justifica sólo por ella misma, y que no puede ser clasificada ni medida por nosotros, porque siempre se desmarca de nuestros cánones de eficacia. La única razón para estas conductas reside en las palabras que el propio Jesús pone en labios del dueño de la viña: "¿por qué miras con malos ojos que yo sea bueno?" (Mt 20,15).

Algunas de estas parábolas las he comentado un poco más en la cristología <sup>8</sup>. Por eso voy a ser aquí más rápido, destacando sólo un par de cosas de las allí dichas. En primer lugar, de alguna de estas parábolas se nos conserva otra versión

no evangélica (o al menos no canónica) ya sea en escritos del judaísmo o en algún evangelio apócrifo: pues bien, lo característico de estas versiones no evangélicas es que en ellas todo está perfectamente clarificado: la oveja que se había perdido era la preferida del pastor; el obrero que sólo trabajó dos horas había hecho en ese tiempo todo el trabajo de un día y además no llegó tarde al trabajo. Esta necesidad de clarificar las cosas, de hacerlas digeribles, muestra por contraste cómo, para Jesús, el punto central de la comparación es eso que hemos calificado como "no viabilidad humana" de las conductas allí descritas.

En segundo lugar, merece destacarse la sinura psicológica con que se utiliza el amor del hombre a las riquezas, como término de comparación para acercarnos al amor de Dios a los hombres: las riquezas las queremos *todas*, nunca creemos tener ya bastante. Y el señor que tiene, no diez ovejas o diez dracmas, sino diez fábricas o diez paquetes de acciones, y que pierde uno de ellos por una de esas velocidades del índice Dow Jones, ahora tan de moda, no se siente contento con lo mucho que le queda, sino que esperará y buscará la forma de reponer lo perdido. Pues bien, viene a decir Jesús: algo de eso es lo que le ocurre a Dios *con los hombres*. Precisamente por eso, Jesús utiliza algunas de estas parábolas para hacer comprensible su opción por los marginados y su conducta "parcial" para con ellos: ellos son el millón *perdido*, que es el que más nos ocupa a los hombres. Y, en este contexto, se comprende lo más novedoso de estas parábolas: varias de ellas terminan con una alusión al *gozo de Dios* (cf. Lc 15,7.10.32). Es novedoso que la enseñanza de Jesús sobre Dios no hable de sus atributos metafísicos, sino de dónde está su gozo. La razón humana aspiraba más bien a conocer lo primero, pero nadie se atrevía a pretender investigar lo segundo. Sobre todo porque la enseñanza de Jesús resulta bien desconcertante: no dice que ese gozo de Dios esté en la paz del cielo, sino en la humanidad del hombre en la tierra. Aquí enseña Jesús a los hombres un camino sobre el gozo, semejante al de la dicha en las bienaventuranzas. Y aquí se abre la clave de comprensión de nuestro siguiente capítulo: la moral "subversiva" de Jesús se explica porque, a quien comparte el gozo de Dios, ya no le importa demasiado la irritación de los poderes (económicos, políticos, culturales o religiosos) de la tierra.

*En conclusión: aunque el hombre es libre, y el mundo tiene su autonomía y está puesto en manos del hombre, sin embargo, la vida humana está envuelta en esa incomprensible bondad de Dios, discreta como los rayos del sol lejano, los cuales no eliminan la necesidad de mil fuegos y mil luces concretas aquí y allá, pero envuelven toda la tierra en una luz y un calor que hacen posibles la vida. Esa bondad de Dios, para Jesús, hace posible la esperanza, en medio del absoluto realismo que expusimos en el apartado anterior.*

Pero por eso mismo, hace también posible otra serie de conductas humanas, que son las que se reivindican en el tercer grupo de parábolas que nos queda por comentar.

### 3. Una moral "subversiva"

El grupo mayor de parábolas de Jesús es el que se limita a contraponer dos conductas humanas, pero de tal manera que resulta desautorizada aquella conducta que, en una valoración convencional o ambiental, sería la "buena" y la alabada por los hombres. Sin pretensiones de exhaustividad, porque la cosa es suficientemente perceptible, vamos a enumerar algunos ejemplos de esta serie.

Mateo 21,28ss transmite la parábola de "los dos hijos" que encarnan dos modos de comportarse con Dios; el que dice y no hace, y el que dice que no, pero luego actúa. La sociedad y las religiones establecidas acaban siempre por valorar más el decir que el hacer: pues a través de la complicada red de mediaciones de la convivencia, el decir resulta siempre más audible y más perceptible, mientras que el hacer es más difícil de medir. La parábola de Jesús reduce el problema a un esquema mínimo (un padre y dos hijos), para que la contraposición se haga más patente. Y nos avisa que así es como juzga Dios: que ante Dios no vale el decir "soy cristiano" o católico, porque hay muchos que no lo son, pero que trabajan por el reino de Dios más que los creyentes.

De modo parecido en la parábola del buen samaritano (Lc 10,30 ss) se contraponen la "dignidad" que no se mancha, con el amor que se mancha o se aventura; o quizás la contraposición reside en las obligaciones para con Dios y los deberes para con los hombres. En cualquier caso, la conducta que resulta vindicada por Jesús, es siempre la segunda de las enunciadas.

La parábola de los talentos (a pesar de las llamativas diferencias entre Mateo [25,14ss] y Lucas [19,11ss]) es una de las más "puras" y más características de este grupo. Hay en ella dos rasgos sorprendentes y hasta, si se quiere, irritantes: a) no se dice que el que es castigado haya malgastado o dilapidado alegremente la riqueza del Señor: pero es que, en la lógica del Reino<sup>9</sup> no hacerla fructificar ya equivale a derrocharla. Y b) ni siquiera se acepta la hipótesis de un dinero que, por haber querido invertirlo, se pierda en la operación: en la lógica del Reino parece como si esto no ocurriese nunca. Y, por eso, en la lógica de Jesús, el riesgo siempre es preferible a la seguridad tranquila.<sup>10</sup>

Complemento dialéctico de la anterior puede ser la parábola llamada de las "diez vírgenes" (Mt 25,1ss), no siempre bien leída por nosotros porque la palabra "vírgenes" genera otros universos de significado ajenos a la parábola. Tal como antes he insinuado, el retraso del novio es una eventualidad con la que es preciso contar, porque en la sociedad de Jesús no era una práctica infrecuente: cuando se producía, la gente interpretaba que las negociaciones sobre la dote de la novia habían sido largas y difíciles. Lo cual era una manera de valorar a la novia o a sus familiares que habían bregado por defenderla bien. Esta es, al menos, la interpretación de J. Jeremias y, de acuerdo con ella, la insensatez de las necias radica en no haber tenido en cuenta este dato habitual de su vida cotidiana: con la alegría de la fiesta creen que todo es fácil, descuidan el equiparse y olvidan que el camino es largo y que pueden llegar el cansancio o el sueño o la falta "de

gasolina." La actitud sensata es aquella que, incluso en la perspectiva de la fiesta, cuenta con la necesidad de esfuerzo y de equipamiento, o con la posibilidad del obstáculo y del retraso.

Parecidas contraposiciones encontramos en las parábolas del fariseo y el publicano (Lc 18,9ss: la autoseguridad hinchada frente a la desconfianza abierta en uno mismo). O en la del siervo despiadado (Mt 18, 23ss: la eficacia exigente frente al perdón gratuito). O también en la parábola llamada "del administrador infiel" (Lc 16, 1ss) donde Jesús valora la creatividad de los malos frente a la desesperanza de los buenos, y lamenta que el amor no nos aguce el ingenio tanto como el hambre. O finalmente en la parábola de los dos deudores que Jesús le propone al fariseo Simón para justificar su postura ante la Magdalena (Lc 7,4ss), y en la que el Señor valora más un camino tortuoso, pero que ha acabado por producir mucho amor, que no un expediente impoluto, pero que no ha sido capaz de generar amor. Valoración que se repite con frecuencia: en el hermano mayor del pródigo, en el fariseo frente al publicano, etc. Y que resulta de lo más subversivo del evangelio pero, a la vez, de lo más típico de Jesús.

Otras veces, finalmente, parece que la comparación que Jesús establece no recae tanto en las conductas cuanto en las situaciones. Ejemplo privilegiado es la parábola de Epulón y Lázaro (Lc 16,19ss): no se dice que Epulón fuera malo, ni se lo presenta maltratando *expresamente* a Lázaro, sino sólo "haciendo su vida" ajeno a él. Tampoco se dice que Lázaro fuera un escriba piadoso (como afirma otra versión extraevangélica de la parábola), sino sólo que pasaba hambre. Las situaciones condicionan ya el juicio de Dios casi antes de las conductas. Y algo parecido ocurre en la parábola del banquete: <sup>11</sup> la posición cómoda (campos, bueyes...) engendrada por la posesión, genera a su vez una *falta de libertad que busca excusas*. Mientras que la posición incómoda del pobre se revela como una fuente de apertura y de libertad.

Esta sería, a grandes rasgos, la contraposición de conductas que Jesús se entretiene en ir llevando a cabo. Y con esta rápida evocación ya podríamos dar por acabado el presente capítulo. Pero es posible que brote en nosotros todavía una cuestión ulterior, que cabe formular así: supuesta la variedad y la amplitud de ejemplos propuestos por Jesús, ¿cabría encontrar uno o dos principios que *vertebren toda esa dispersión*, una sola actitud o dos, que puedan dar raíz de toda esa amplia gama de ejemplos?

Es evidente que la respuesta a esa pregunta sólo puede ser asunto de gusto u opciones personales. En todo caso, en los evangelios no habría otro principio estructurador de las parábolas que el reino de Dios, y la polémica que, por ese reino, entabló Jesús con la institución religiosa de su tiempo. No obstante, y supuesta la "locura" del presente artículo, me voy a atrever (para terminarlo) a sugerir dos conductas que están representadas en otras tantas parábolas, pero que aparecen además expresamente formuladas por Jesús al narrar la parábola.

*Quizá pues podamos decir que hay dos actitudes que son como la clave que*

*configura al hombre del reino, y que permite comprender todas las demás conductas defendidas por Jesús. Los evangelios las describen como "no atesorar para sí" y "no arrancar el trigo." Y han dejado un breve desarrollo de ellas en la parábola del rico insensato (Lc 12,16-21s), y en la parábola de la cizaña (Mt 13,24ss). La primera configura un talante de desprendimiento servicial. La segunda un talante de paciencia convivencial y esperanzada. Ambos son quizás los dos talentos más difíciles al hombre. Pero también los más humanos.*

### 3.1. Primera raíz: no vivir "atesorando para sí"

La parábola del rico insensato es uno de los pocos textos evangélicos en que Jesús no habla contra la riqueza en tonos "proféticos," sino con un estilo más bien "sapiencial": lo malo de este rico no es que ha sido inmoral, es que ha sido simplemente estúpido. En los evangelios está muy claro que, para Jesús, ambas dimensiones coinciden. Pero coinciden en el fondo último de la realidad, no en el nivel de nuestra experiencia cotidiana, donde tantas veces la inmoralidad parece la mayor sabiduría.

Este tono sapiencial nos obliga a leer la parábola como dirigida a algo más amplio que la pura riqueza material: éste puede ser un ejemplo privilegiado de la actitud que Jesús combate, pero no es el único ejemplo. Lo que Jesús desautoriza es ese talante vital de vivir "atesorando para sí." Y esto puede hacerse con riquezas, con poder, con sabiduría...La riqueza económica será por lo general la raíz de todo vivir para sí; pero no es por desgracia el único camino posible para ello.<sup>12</sup>

Este trasplante de la parábola desde el campo de la riqueza material hasta otros que parecerían muy ajenos a él, permite captar mejor la conclusión que Jesús añade a esta parábola y que generaliza su ejemplo: "así es todo el que acumula para sí" (Lc 12,21). A mi modo de ver hay aquí una profunda sabiduría. Pues en casi toda vida humana se presenta un momento en que al hombre se le abren los ojos, y se dice a sí mismo con enorme vértigo: "en realidad no he hecho más que vivir para mí." Con las riquezas, con los cargos, con los escritos o con lo que sea, el hombre ha vivido acumulando "para sí," y ahora esa forma de vivir se le revela como estúpida e infecunda. Es este un momento que puede ser muy duro, pero que puede ser también muy fecundo en la vida del hombre, si éste logra salir del bache por la seguridad en la acogida de Dios y en que la mano de Dios habrá sabido sacar, de su pasta egóica, alguna pequeña melodía de desinterés y de fraternidad. Y después de esa experiencia podrá seguir sacando mucho más en lo sucesivo.

En mi opinión, la parábola lucana apunta hasta esa situación "última" de la experiencia humana. Apunta a ella a través de su forma más elemental y menos sutil. Y le ofrece redención a través de esa otra conducta a la que el hombre teme tan profundamente: ser rico *para los demás*: que lo propio sea servicio y no propiedad, que no sea tesoro sino don. Y, porque el hombre teme tan visceralmente a esta conducta, Jesús se la reformula otra vez, en tono sapiencial, desde su signi-

ficado más profundo: ella equivale a "ser rico para con Dios" (Lc 12,21). Uno recuerda aquí aquellas gráficas y agudas paráfrasis de los padres de la Iglesia, cuando formulaban diciendo que dar a los demás equivale a "prestar a Dios" (y prestarle además "a interés"). No se trata aquí, evidentemente, de que el hombre atesora méritos para sí (¡pues esto sería recaer en la actitud criticada por la parábola!). Se trata sólo de expresar, sin ningún masoquismo y sin ninguna exageración autopunitiva, pero también sin falsos apegos ni justificaciones mezquinas, que *el don tiene más consistencia ontológica que la acumulación*. Y precisamente porque llega hasta ahí, esta parábola puede convertirse en uno de los principios vertebradores de esa moral "subversiva" que se traslucía en todas las demás parábolas de actitudes contrapuestas. Pero es un principio vertebrador que sólo puede brotar de la experiencia de los dos capítulos anteriores: de la seguridad confiada en la bondad increíble de Dios, y en que la semilla del reino trabaja silenciosamente, y casi imperceptiblemente, esta realidad dura y negativa.<sup>13</sup>

### 3.2. Segunda raíz: no arrancar el trigo inconscientemente

Si la parábola del rico insensato es, en definitiva, la carta de la solidaridad, la parábola de la cizaña parece ser el más utópico canto de la libertad. Lo que importa para nuestro objetivo es solamente la razón que aduce el dueño del campo para no eliminar la cizaña: "no sea que al recoger la cizaña arranquéis juntamente con ella el trigo" (Mt 13,29).<sup>14</sup> Algún comentarista insinúa que la cizaña tiene fuertes raíces y que se entrelazan con las del trigo, lo que ayudaría a comprender por qué es imposible eliminar lo malo sin daño de lo bueno.<sup>15</sup> Si esto así, ayudará a comprender la profunda intuición antropológica de la parábola: el bien moral es algo tan grande, tan frágil y tan gratuito que sólo puede brotar de la libertad. La libertad, por eso, podrá ser educada y ayudada y liberada, pero no puede ser *suprimida* (o sólo puede serlo en situaciones-límites): el "cinturón de castidad," paradójicamente, no "garantiza" la castidad, sino que la hace radicalmente imposible. Lo que brote de ahí ya no será castidad sino otra cosa. Además de eso, el bien moral es de tal calidad y tan superior al mal que, aunque pueda ser "cuantitativamente" impedido por la presencia del mal, es cualitativamente superior a éste porque el mal se quema a sí mismo mientras que el bien tiene asegurada su perduración definitiva.

Crear esto no es fácil. Vivimos además una cultura donde los "sustitutivos" (el pan bimbo, la hamburguesa, las flores de plástico y los vinos o los sabores "de laboratorio"), son más fáciles y más rápidos de producir que las realidades auténticas. Ello a la larga nos estraga el paladar y nos hace incapaces de distinguir una castidad que brota de la fidelidad y el amor, de otra que brota del "cinturón"; incapaces de distinguir una entrega absolutamente libre de una entrega que derive del precio o de la imposición. Por eso la argumentación de la parábola, al igual que en el caso anterior, acaba siendo también de tono "sapiencial." Jesús reivindica la calidad *divina* del bien, y nos avisa del peligro de que, queriendo

hacer imposible la existencia del mal, hagamos imposible la calidad del bien, de que queriendo hacer un socialismo a fuerza de dictaduras, hagamos un "socialismo real."

Pero, a la vez, la parábola permite adivinar lo "subversivo" de la acción de Jesús, porque no realiza una reivindicación "liberal" de la libertad. La parábola reclama la libertad para *el otro* (incluso aun cuando me parezca cizaña), no meramente la libertad *para mí*. Esto es lo que, otra vez, la desmarca de nuestros planteamientos convencionales, por cuanto lo típico de nuestro mundo, de todas las personas y de todas las intuiciones sociales, políticas y religiosas, es la reivindicación de la libertad "propia." Aquí en cambio no se trata de eso, sino de que la libertad es la única tierra posible para el bien que Dios busca. Mientras que el celo "violento" de casi todos los defensores de la moral acaba por producir un bien "de plástico," para decirlo con una expresión de hoy, que quizás traduzca lo que Jesús llamaba "arrancar el trigo." Basta con pensar —para no criticar a otros— en nosotros los eclesiásticos, que llevamos más de dos siglos arrancando trigo de la historia, aun cuando lo hayamos hecho con la buena voluntad de arrancar de ella la cizaña (que además, quizá es lo más visible del campo de la historia). Y que no hemos aprendido la lección puesto que, con la actual restauración eclesial, estamos volviendo a querer arrancar la cizaña. Sentimos que nos hundíamos en aquel milagroso caminar "del anatema al diálogo," y estamos regresando "del diálogo al anatema." Hasta que nos encontremos con un campo yermo, sin cizaña pero también sin trigo (o en todo caso con un trigo "de plástico"), con una palabra muda de tan segura, un orden estéril de tan ordenado, y una paz de cementerio que han dejado bajo mínimos nuestra credibilidad ante los hombres.

Y al escribir esto no pienso que Jesús reivindique unilateralmente eso que hoy se llama "una ética de las convicciones" pura y simple, frente a la otra "ética de las responsabilidades."<sup>16</sup> Jesús conoce tan bien como el que más la dureza de la vida, como intentó mostrar la primera parte de este trabajo. Las duras inectivas del capítulo 23 de Mateo, como las escenas provocativas de curaciones en sábado<sup>17</sup> muestran gráficamente cómo Jesús sabe bien que a veces la responsabilidad hacia los demás obliga a combatir "la cizaña" inmediatamente.

Cómo se combinan ambas posturas queda ya para una casuística ética que no es materia del presente artículo. Pero a primera vista se percibe fácilmente que en la parábola de la cizaña el señor está hablando del campo *propio* mientras que en los conflictos aludidos Jesús está defendiendo a *los otros* maltratados. Se percibe también que para combatir "la levadura de los fariseos" Jesús no cuenta con más arma que su palabra y su verdad ("¿es lícito o no es lícito hacer el bien en sábado?"), mientras que nosotros solemos recurrir con preferencia a la denuncia anónima, la manipulación o la imposición. Y se percibe finalmente que el elemento de "responsabilidad" nunca implica para Jesús una *dirección contraria* respecto al elemento de "convicción," como ponen muy de relieve los *contenidos mismos* de todas esas escenas en las que Jesús parece atacar "la cizaña" del campo fariseo, que además llevaba el nombre de trigo...

Y debo concluir aquí, porque si no este artículo tomaría la forma de una discusión casuística, que lo alejaría de su objetivo primario. Lo importante de esta breve nota sobre las parábolas evangélicas era subrayar que la *ética anticonvencional que ellas parecen propugnar, sólo es comprensible desde la fe en los otros dos puntos que constitulan la filosofía de Jesús*. Primero que esta realidad desastrosa está, a pesar de todo, trabajada por la semilla de algo maravilloso (el "Reino de Dios"), aunque esa semilla conviva con otra de mal, y se dilapide en buena parte como el polen de las plantas, y tenga además sus propios ritmos que nosotros no podemos forzar<sup>18</sup>. Y segundo, que lo anterior sólo se sostiene desde la fe en la increíble bondad de Dios. Aquí se ve cómo fe y obras nunca han sido para Jesús realidades enfrentadas, y cómo todas las discusiones de la teología posterior sobre esta cuestión arrancaban en realidad de un planteamiento equivocado: el planteamiento que identifica fe con *pura creencia intelectual* y que identificaba obras con obras *de la ley*.

### Notas

1. Cf. Mc 4,35ss; Mt 13,3ss; Lc. 8, 4ss. En este caso se trata de una de las pocas parábolas comunes a todas las sinópticas y que en *los tres* inaugura la enseñanza en parábolas que subtiende o sigue al anuncio entusiasta del reino.
2. Cf. Mt 13,26ss. La misma lección que de la cizaña parece desprenderse de la parábola de la red: los peces buenos y los malos no se separan hasta el final y, para poder pescar los buenos, hay que cogerlos todos.
3. Cf. Mt 13,31 y 33ss.
4. Cf. Mc 4,30ss. Esta parábola está sólo en Marcos, aunque es también parábola *del reino*. Cabe pensar que la paciencia con los ritmos de crecimiento de la semilla equivale a la paciencia con la cizaña.
5. Lucas es aquí el más optimista y sólo admite unos frutos del cien por cien.
6. En realidad sí que hay por lo menos una ocasión en que Jesús eche mano de este tipo de situaciones: las rápidas imágenes de Lucas 14,28 y 31ss. donde habla del hombre a punto de edificar o el rey a punto de entrar en guerra. Pero lo curioso es que en este caso Jesús se pone por así decir en la "óptica del débil" que no podría soportar aquella guerra y al que, por tanto, le resulta más sensato enviar una embajada de paz. La visión jesuánica de la vida es todo lo contrario de prometeica. Pero lo curioso es que esa falta de *hybris* encierra más esperanza y más confianza en la vida que todos los prometelismos. Finalmente otra alusión (tampoco parábola en sentido estricto) a este tipo de situaciones, y ahora con una valoración positiva, la encontramos en la clausura del sermón del monte de Mateo. Pero la alusión no puede ser más llamativa, puesto que el que edifica en terreno firme y sólidamente es precisamente aquél que acoge y pone en práctica todo el programa de gratuidad (y tan poco eficaz aparentemente) que compone el sermón de la montaña (Cf. Mt 7,24ss). Estas breves observaciones quizás basten para confirmar que el recurso a la analogía del campo, en las parábolas y en la "filosofía" de Jesús, no es simple necesidad cultural, sino expresión de una *óptica* valoral.
7. Las tres primeras, como es sabido, se encuentran en el capítulo 15 de Lucas. Las otras tres son de Mateo (20,1ss; 18,23ss; y 25,31ss).
8. Cf. La Humanidad Nueva (6a edición revisada) Pgs. 96-98.
9. Es importante notar que tanto en Mateo como en Lucas (ver 19,11) esta parábola va introducida por una alusión al reino, cosa menos frecuente en este grupo.

10. Aunque "riesgo" no equivalga por supuesto a insensatez ni a estupidez, tal como explicaba la nota 6.
11. Mateo 22,1ss y Lucas 14,15ss, también con una alusión (indirecta en Lucas) al reino
12. Lo cual no quita, evidentemente, que sea ése en realidad el camino más frecuente. Y en este sentido se hace necesario evocar (y remitir a) la magnífica homilía de San Basilio sobre esta parábola (PG 31, 261-277) que debería ser uno de los textos "base" para toda formación cristiana.
13. Con lo dicho en el texto quizás se comprenda mejor la importancia que he dado a esta parábola y que resultará sorprendente dado que se la suele mirar como una parábola "menor," o secundaria. La clave de todo, como he querido indicar en el texto, reside en que el mensaje de esta parábola está más en el adjetivo (qué es lo insensato para Jesús) que en el sustantivo (pues nadie negará que, sobre los ricos, hay en los evangelios palabras más serias y más importantes que éstas). En este sentido es una parábola "comodín:" puede ser leída por cada cual desde su situación personal; y puede ser narrada como parábola "del cardenal insensato" (el eclesiástico que utilizó su ministerio para subir y hacer carrera más que para servir a los hombres, y al final no ha construido nada eterno con su vida); o como parábola "del teólogo insensato" (el que hizo teología para ganarse un supuesto prestigio académico más que para servir con su palabra al evangelio y a la causa jesuánica del reino); o como parábola del profesional insensato, del político insensato, etc., etc. Tras haber redactado alguna de estas paráfrasis, renuncié a publicarla porque —contra mi intención, pero casi fatalmente— podría parecer un ataque a alguna persona concreta, o un texto poco caritativo.
14. Los exegetas discuten si Mateo conoció y omitió expresamente la otra parábola de la semilla que crece por sí sola, y que es la que Marcos 4 pone a continuación de la del sembrador. Y, caso de que Mateo haya actuado así, qué es lo que pretendía con ello: sustituir o completar aquella otra parábola. Son detalles importantes porque ayudarían a contextualizar nuestro texto. Pero no son seguros. Y tampoco son imprescindibles para nuestro objetivo. Como tampoco lo es la posterior interpretación de la parábola de la cizaña (Mt 13, 36 ss) que probablemente ya no es palabra de Jesús.
15. Cf., J. Mateos, F. Camacho, *El Evangelio de San Mateo*, Madrid 1981, p. 137.
16. Además, el mismo Max Weber, que es el autor de esta distinción, acababa diciendo que ambas éticas no debían ser contrapuestas, sino conjugadas. Y para poner en práctica eso han ido apareciendo después la "ética argumentativa" y la noción de "idea regulativa," etc. (Cf. Adela Cortina, *Razón comunicativa y responsabilidad solidaria*, Salamanca; Lucas 13,10ss).
18. Jesús es incluso más pesimista que nosotros en este punto, puesto que, para él, las dificultades de la semilla buena no proceden sólo de la dureza de lo real o de la pequeñez de los hombres (como nosotros tendemos a decir), sino del "Enemigo" con mayúsculas.